

¿Cuántos días son Santa Agueda?

JOSE ANTONIO ABELLA

SE celebra hoy en Zamarramala la festividad de Santa Agueda, aplazada hasta el domingo como viene siendo habitual en ese intento de conciliar el respeto a la tradición con las concesiones a un público que, cada año en mayor número, se acerca a degustar la tajada de chorizo y el aire de una fiesta donde, por un día, las mujeres toman las riendas de los machos y el alcalde cede su bastón a las alcandesas.

Poco podía imaginar la Santa palermitana que su tenaz oposición a los requiebros lujuriosos del gobernador Quinciano, además de proporcionarle el pasaporte para los altares, con escala en el martirio, habría de convertirse en símbolo de un cierto feminismo que, ahora que las denuncias de acoso sexual en el trabajo están a la orden del día, sabe entretejer su espíritu reivindicativo con el aire festivo de la dulzaina y el tamboril.

No puede uno dejar de alegrarse con estos eventos, aunque le agujee la duda de si con ese «orden y mando» de las alcandesas, frase que

sintetiza con firmeza la misma capacidad que mujeres y hombres tienen para plantar cara a las vicisitudes del vivir, no se estará encubriendo y acaso contentando, como al niño con el caramelo, un problema de más difícil solución. Porque ocurre que el año tiene 365 días y que, durante los 364 restantes, las aguas volverán a su cauce y los zapateros a sus zapatos, expresiones que revelan el arraigo y la sutileza de un estado de cosas contra el que no es fácil luchar. Y es que todos tendemos a aceptar que la norma está antes que la costumbre, que el camino por donde nos movemos está donde está por razones ajenas a nuestro movimiento y que las cosas, en fin, son como son..., preceptos de dudosa veracidad, pero aceptados con no sé qué extraño afán en ignorar que es precisamente el fluir de las aguas quien ha ido labrando el cauce del río.

Bien entrados en la última década del siglo XX, el efímero poder que las alcaldesas de Zamarramala simbolizan no parece sino una simpática anécdota dentro de una norma ya menos simpática, la guinda del coti-

diano pastel —entendida esta palabra en su acepción menos dulce— que cada «reina por un día» se suele ver obligada a soportar durante el resto del año. Porque a las puertas del segundo milenio, no parece que los papeles de hombre-cazador y mujer-ubre sean los únicos que responden a la potencialidad humana de ambos géneros de nuestra especie. Ni que el sustento de la familia, la educación de la prole o los cuidados del hogar sean funciones específicas y diferenciadoras del hombre y la mujer. Ni tampoco, tal y como la antropología cultural dejó demostrado desde hace muchos años, que la fuerza o la debilidad —valores ya de por sí demasiado relativos—, la inteligencia o la torpeza, la agresividad o la ternura hayan de ser características particulares de uno u otro sexo.

Mientras sigamos hablando del «papel de la mujer» y del «papel del hombre» en los engranajes del funcionamiento social, poco estaremos haciendo por un mundo donde los papeles no se reparten en base a la diferencia sexual de las personas, si-

no en función de otros valores como capacidad, inteligencia o preparación. Poco habremos avanzado mientras haya partidos políticos que sigan reivindicando una cota de participación femenina del 25 por ciento (o del 50 por ciento o de lo que quieran) sin entender que por lo que hay que pelear es porque no exista cota alguna. Poco habremos avanzado mientras hombres y mujeres que realizan el mismo trabajo no disfruten del mismo salario. Mientras que la mujer que se incorpora al mercado laboral siga teniendo la exclusiva del «mercado» y de «sus labores» cuando regresa al hogar, como si esa tarea fuera inherente a su condición femenina.

365 días tiene el año y 364 quedan para la próxima fiesta de Santa Agueda. Mientras tanto, bueno será que vaya dejando este artículo y baje a fregar los platos, porque tanto la cocina hecha una porquería y porque, a fin de cuentas, no es algo tan difícil de hacer, a pesar de que mi madre nunca me lo enseñara y de que más de una discusión conyugal me haya costado su aprendizaje.